

LEXI RYAN

UN REINO DE PROMESAS MALDITAS

 Planeta



1

Las sombras que se ciernen sobre mi piel sudorosa me ocultan y me dan la bienvenida con su frescor. Podría quedarme a disfrutar de la oscuridad. Me encantaría tumbarme a contemplar las estrellas mientras la brisa nocturna me relaja los músculos cargados, pero no voy a malgastar la noche descansando o disfrutando de placeres efímeros. Estas son las mejores horas para los espías y los ladrones. Son mis mejores horas.

Introduzco dos horquillas en la cerradura y las manejo con las yemas agrietadas como si estuviera tocando la viola. Conozco bien la pieza; la he interpretado miles de veces. Es como un salmo al que recurro en momentos de desesperación. Prefiero rezarles a mis dedos ágiles, a las sombras y al camuflaje que a los dioses antiguos. Prefiero robar a morirme de hambre.

El croar de las ranas forma un coro lejano que casi amortigua el satisfactorio clic con que se abre la cerradura, permitiéndome el acceso a la mansión de Creighton Gorst por la puerta de servicio.

Gorst tenía unos asuntos en otra parte; me he asegurado antes de venir. Sin embargo, examino mi entorno por si percibo alguna señal de que él o sus criados están en casa.

Casi todos los ricos tienen guardias vigilando día y noche, pero unos cuantos —entre los que se encuentra Gorst— son tan paranoicos que no se fían ni de su círculo más cercano y prefieren que nadie se acerque a sus cámaras acorazadas. Llevo meses esperando una oportunidad como esta.

Bajo la escalera de piedra que conduce a la bodega. La temperatura desciende a cada paso que doy, pero sigo sofocada por la adrenalina y porque he tenido que escalar los muros de la hacienda, así que agradezco el frío que me acaricia la piel.

Cuando llego al pie de la escalera, una piedra luminosa detecta el movimiento y se enciende, alumbrando débilmente el suelo. La desactivo hundiéndole el puñal en el centro, más blando que el resto, y la estancia queda envuelta en una oscuridad tan profunda que no veo ni mi propia mano ante mis ojos.

«Mejor.» Me siento más cómoda en la oscuridad.

Recorro las paredes de la bodega con las manos hasta que percibo el frío acero de la caja fuerte. La examino a ciegas con la punta de los dedos y noto que tiene tres cerraduras, aunque ninguna es demasiado complicada. Pronto se rinden al puñal y las horquillas. En menos de cinco minutos he abierto la puerta y los músculos se me empiezan a relajar. Podremos hacer frente al pago de este mes. Esta vez madame Vivias no podrá imponernos nuevos recargos.

Sin embargo, mi sonrisa de triunfo solo dura lo que tarda en ver los símbolos grabados en el umbral. La euforia por el éxito se apaga tan rápidamente como ha aparecido.

La cámara de Gorst está protegida por hechizos de defensa.

«¿Cómo no?»

Un tipo tan paranoico que no se fía ni de sus centinelas no seguiría siendo rico demasiado tiempo si no usara algo de magia para proteger su fortuna.

La misión de esta noche es peligrosa y no puedo arriesgarme a olvidarlo ni por un momento. Solo robo a personas que tienen más de lo que necesitan, pero la riqueza les proporciona poder, el poder de ejecutar a ladronas como yo si me atrapan.

Esquivo los grabados y saco una sanguijuela de la bolsa. Tiene forma de estrella y la piel húmeda y sedosa. Me la acerco a la muñeca y hago una mueca cuando se acopla. Al succionar un hilillo de sangre de mis venas, se enciende y su piel resplandeciente ilumina el suelo. Odio tener que renunciar a la oscuridad, pero necesito ver bien los símbolos. Me acucillo y recorro las líneas rectas y curvas, confirmando su forma y la intención con que fueron creados. La magia que contienen es astuta, sin duda.

La función de estas runas no es mantenerme fuera de la cámara, sino dejarme atrapada dentro, convirtiéndome en prisionera hasta que el dueño de la mansión decida qué hacer conmigo. Un ladrón común con conocimientos básicos sobre runas protectoras probablemente cometería el error de pensar que el hechizo era defectuoso al ver que le permitía pasar. Un ladrón común se quedaría atrapado dentro. Por suerte, yo de común no tengo nada.

Rebusco en mi memoria el contrahechizo adecuado. No soy una hechicera. No me habría importado serlo si mi destino hubiera sido otro y no tuviera que pasarme los días fregando suelos y recogiendo todo lo que tiran las malcriadas de mis primas. No tengo tiempo ni dinero para for-

marme, por lo que nunca podré realizar hechizos, pociones o rituales. Por suerte tengo un amigo que me ha enseñado algunas cosas. Y por suerte sé lo que he de hacer para salir de aquí cuando haya encontrado lo que necesito.

Tomo el cuchillo que guardo en el cinturón y me muerdo la mejilla mientras deslizo el filo por la palma de la mano donde no está la sanguijuela. El dolor es tan agudo que me da vueltas la cabeza y no puedo pensar en nada. Durante unos segundos, demasiados, me tambaleo. Mi cuerpo quiere rendirse al alivio que le proporcionaría la inconsciencia.

«Respira, Abriella, tienes que respirar. El valor no es suficiente, también necesitas aire.»

El recuerdo de la voz de mi madre me empuja a inspirar hondo. ¿Qué me pasa esta noche? Normalmente no soy tan delicada con el dolor o la sangre. Supongo que es porque estoy agotada y hambrienta tras haberme pasado el día trabajando sin parar. Estoy deshidratada.

«Se me acaba el tiempo.»

Hundo el dedo en la sangre que brota de mi mano y dibujo cuidadosamente las runas para crear el contrahechizo. Cuando he cubierto las viejas runas con las nuevas, me seco la sangre en el pantalón y observo el resultado antes de levantarme.

Sin pensármelo, cruzo el umbral en las dos direcciones para asegurarme de que las runas funcionan. Cuando al fin me adentro en la cámara acorazada, apunto la luz de la sanguijuela estrellada hacia el fondo y ahogo una exclamación.

La cámara de seguridad de Creighton Gorst es más grande que mi habitación. Las paredes están cubiertas de

estanterías cargadas de bolsas de monedas —raon, sin duda—, joyas y armas relucientes. Siento el impulso de llevarme todo lo que pueda acarrear, pero no lo haré. Si me dejo arrastrar por la desesperación, Gorst sabrá que alguien ha estado aquí. Tal vez se entere igualmente. Tal vez esté subestimando la capacidad de ese borracho de estar al día de las riquezas que ha amasado traficando con la carne y el placer. Pero, con un poco de suerte, nunca sabrá que alguien ha roto su hechizo de protección.

Sabía que Gorst era rico, pero no esperaba encontrarme tal acumulación de riquezas. La prostitución y el alcohol dan muchos beneficios, pero ¿tantos? Examino los estantes y extendiendo la mano de manera instintiva cuando encuentro lo único que puede justificar toda esta abundancia. Mantengo la mano suspendida sobre el montón de escrituras de vida, pero la aparto al notar el calor de la magia que desprenden.

Si me hubiera tocado otra vida en suerte, me habría encantado convertirme en una poderosa hechicera solo por este tipo de contratos. Me dedicaría a desarmar la magia que ata estas vidas a hombres desalmados como Gorst. Emplearía todos mis recursos en liberar a tantas chicas como pudiera antes de que me atraparan y ejecutaran. Incluso sabiendo que no puedo deshacer la magia de esos documentos, me cuesta horrores dejarlos ahí. Algo dentro de mí me grita que al menos debería intentarlo.

«No puedes salvarlas.»

Me obligo a apartarme. Elijo un estante abarrotado donde el robo de una bolsa pueda pasar inadvertido y busco más runas protectoras. Nada. Tal vez Gorst debería pagarme a mí para que le enseñe a proteger su tesoro. Cojo

una bolsa y echo un vistazo para asegurarme de su contenido. Hay más que suficientes raon para hacer el pago; quizá hasta nos llegue para pagar el mes que viene.

Tiene una fortuna impresionante. ¿Se dará cuenta si cojo algo más?

Examino los estantes y elijo con cautela dos bolsas más, ocultas tras montones de tesoros apilados de cualquier manera. Sabía que Gorst era un tipo despreciable, pero en Fairscape tanta riqueza solo puede reunirse haciendo negocios con los seres feéricos. Y eso hace que los contratos que he visto antes cobren un nuevo significado. Ya es suficientemente malo que obligue a someterse a su voluntad a personas que se pasarán la vida intentando saldar una deuda imposible de pagar, pero si Gorst tiene tratos con los fae, lo que está haciendo es enviar a seres humanos a otro reino donde vivirán como esclavos.

«O algo peor.»

Hay tres pliegos de contratos. No puedo arriesgarme a tocarlos, pero los miro. Un día obtendré mi libertad y, cuando mi hermana ya no me necesite, volveré. Encontraré la manera.

La vista se me va hacia el montón más cercano a la puerta. Leo el nombre del que está encima. Vuelvo a leerlo y luego leo la fecha en que el contrato quedará cumplido. Vuelvo a leerla, otra vez y otra. Y cada vez la presión en el pecho es más fuerte. No creo en los dioses antiguos, pero elevo una oración al ver la letra de esa niña, al ver su nombre y la fecha de mañana subrayada con su propia sangre.

Oigo ruido sobre mi cabeza. Ruido de botas masculinas y luego una voz grave. Desde aquí abajo no distingo lo que

dice, pero no necesito oír las palabras para saber que tengo que salir de aquí inmediatamente.

La bolsa pesa porque va llena de los sacos que he robado, así que la agarro con fuerza contra el costado para que no me golpee la cadera al correr con ella en bandolera. Me quito la sanguijuela de la muñeca, conteniendo el aliento cuando se resiste porque quiere más sangre.

—Paciencia —murmuro dejándola en el suelo. La sanguijuela cruza el umbral, limpiando el rastro de mi sangre con su lengua diminuta.

Oigo más pasos y luego risas y el sonido de copas al brindar. No está solo. Si tengo suerte, estarán todos demasiado borrachos para darse cuenta de mi huida.

—Date prisa —le susurro a la sanguijuela. Tengo que cerrar la cámara, pero, si no borro todo rastro de mi sangre, Gorst sabrá que alguien ha estado aquí. O, lo que es peor, si le lleva una muestra a un mago, sabrá que he sido yo.

Las voces se acercan y oigo que alguien baja la escalera.

No tengo elección. Cojo la dichosa sanguijuela, dejándola a medio festín, y la guardo en la bolsa.

Rocío las piedras con agua de la cantimplora antes de cerrar la puerta de la cámara.

—¡Voy a por otra botella! —grita Gorst desde lo alto de la escalera de la bodega. Conozco esa voz; la he oído demasiadas veces. Solía limpiar su burdel. Fregaba los suelos y limpiaba los baños hasta hace un mes, cuando trató de convencerme de que trabajara para él de otra manera.

He pasado los últimos nueve años guiándome por dos reglas básicas: no robo a los que me ofrecen un trabajo honesto y no trabajo para los que me roban. Esa noche

añadí una nueva regla a la lista: no trabajo para los que tratan de chantajearme para que me prostituya.

A cada paso que da está más cerca, pero sigo moviéndome con delicada firmeza.

Cierro el primer cerrojo. «Clic.»

Paso, paso.

Segundo cerrojo. «Clic.»

Paso, paso.

Tercer...

—¿Qué demonios?

«Clic.»

—Estas piedras luminosas no valen nada —refunfuña Gorst desde el pie de la escalera.

Pegada a la pared, en la zona más oscura, respiro de manera superficial.

—¿Vienes o qué? —Una voz femenina lo reclama desde arriba. La mujer se echa a reír antes de añadir—: Hemos encontrado otra botella, Creighton. ¡Sube ya!

—¡Ya voy!

Cuento los pasos que da escaleras arriba y me acerco al primer escalón. Está borracho. Tal vez la suerte me acompañe esta noche.

Escuchando con atención, sigo los pasos del grupo por la mansión hasta que ya no se oye nada en la zona de servicio y todo el ruido se concentra en la parte principal. No puedo arriesgarme a volver a abrir la cámara para terminar de limpiar los rastros de sangre. Esta noche no.

Subo los escalones en silencio, desandando el camino que me ha traído hasta aquí.

No soy consciente de la tensión que me agarrota los músculos hasta que salgo de la mansión y me relajo de gol-

pe. Bajo el frío cielo nocturno la extenuación me golpea con fuerza. No puedo parar ahora mismo, pero esta semana he forzado mis límites y tendré que descansar pronto.

Necesito dormir. Y comer. Y por la mañana tal vez pueda permitirme unos minutos de no hacer nada, viendo entrenar a Sebastian en el patio, detrás de la casa de madame Vivias. Eso es mejor que comer o dormir.

Solo pensar en ello es como un chute de adrenalina que me ayuda a terminar lo que tengo que hacer. Me dirijo a la salida de la finca envuelta entre las sombras, recorriendo un sendero tortuoso que sorteá árboles y arbustos, y manteniéndome fuera del alcance de la luz de la luna, como si jugara con ella al escondite.

La verja está abierta de par en par, pero aunque mis músculos agotados me suplican que use el camino fácil, no puedo arriesgarme. Saco la cuerda que llevo en la bolsa y la lanzo sobre el muro que rodea la propiedad de Gorst. Las fibras de la cuerda se me clavan en las manos agrietadas, y los brazos protestan cada vez que tiro de ella.

Bajo de un salto por el otro lado, aterrizando sin hacer ruido con las rodillas dobladas. Mi hermana dice que soy como un gato por mi modo de saltar desde los árboles o los tejados sin hacerme daño. Yo me veo más como una sombra, que se desplaza sin que nadie la descubra, lo que resulta más útil de lo que la gente se imagina.

Estoy a diez minutos de casa y voy medio coja a causa del peso de lo que he robado. Resulta tentador entregarle a madame Vivias lo que le debemos antes de acostarme y dormir luego doce horas seguidas.

Pero no puedo. No después de lo que he visto en esos contratos. Me alejo de casa y recorro el callejón, pasando

por delante de la tienda de vestidos donde trabaja mi hermana Jas. Al llegar a la esquina donde se encuentra la taberna de Gorst, me cuelo tras un cubo de basura lleno a rebosar y entro en las viviendas familiares municipales. El nombre me parece una burla. En el edificio de tres plantas hay doce apartamentos de dos habitaciones. El baño es compartido, igual que la cocina. Hay uno por planta. Es un refugio, mejor que muchos otros, pero, tras haber visto la mansión y los tesoros de Gorst, la desigualdad me resulta repugnante.

La puerta de mi amiga Nik está entornada, y desde dentro se oyen sollozos. A través de la abertura veo a su hija, Fawn, ovillada contra la pared, meciéndose y sacudiendo los hombros al llorar. Fawn tiene la piel oscura y el pelo rizado, como su madre. Una vez Nik me contó que cuando su hija nació las cosas nunca volvieron a ser como eran. A partir de ese momento lo único que le importó fue convertirse en la mejor madre, incluso si el precio que debía pagar era cruzar líneas que esperaba que su hija nunca tuviera que cruzar.

Cuando abro la puerta, Fawn se sobresalta.

—Tranquila, soy yo, pequeña —susurro acucillándome—. ¿Dónde está tu madre?

Ella levanta la cabeza y veo que tiene las mejillas llenas de lágrimas. Los sollozos aumentan de intensidad. El cuerpo le tiembla como si estuviera tratando de mantener el equilibrio en medio de una tormenta invisible.

—Se me acaba el tiempo —me dice.

No le pregunto a qué se refiere porque ya lo sé. Oigo pasos. Al volverme veo a Nik a mi espalda, con los brazos cruzados y una mueca de horror en la cara.

—Lo hizo para salvarme —explica Nik con la voz ronca, como si llevara un buen rato llorando pero se hubiera secado las lágrimas a base de fuerza de voluntad—. Le pidió dinero a Gorst para comprarle medicinas a la curandera.

—Te estabas muriendo —replica Fawn secándose las lágrimas con brusquedad. Me mira y añade—: No tenía elección.

—Sí la tenías. Debiste decírmelo. No te habría dejado firmar ese contrato.

Busco la mano de mi amiga y la aprieto. Es lo que tiene la desesperación: que borra la decisión correcta de la lista de opciones. Y Nik lo sabe mejor que nadie.

—Iré yo en tu lugar, Fawny. ¿Vale? —dice Nik con una calma y una determinación que me rompen el corazón.

—Y ¿qué pasará conmigo? —pregunta Fawn.

Ojalá la niña no fuera lo suficientemente mayor para entender que, entregándose en su lugar, su madre la estaría sentenciando a un destino igual de malo o peor. Nadie en Fairscap necesita una boca más que alimentar. Los únicos que pueden permitirse obras de caridad son demasiado avariciosos.

—¿Puedes ocuparte de ella, Brie? —me ruega Nik—. Sabes que no te lo pediría si tuviera otra opción. Quédate.

Niego con la cabeza. Lo haría, pero si madame Vivias se enterara de que Fawn está en la bodega con nosotras, las consecuencias serían terribles, y no solo para Jas y para mí, también para Fawn.

—Tiene que haber alguien más.

—No hay nadie más y lo sabes —insiste Nik. No hay amargura en sus palabras, solo resignación.

—¿Cuánto debe?

Nik hace una mueca y aparta la mirada.

—Demasiado.

—¿Cuánto?

—Ocho mil raqon.

Me encojo al oír la cifra. Con ese dinero podría pagarle dos meses de alquiler a madame Vivias, recargos incluidos. No sé cuánto he robado de la caja fuerte de Gorst esta noche, pero es muy posible que pudiera cubrir esa cantidad.

Fawn me mira con esos grandes ojos que tiene que recuerdan a los de una cervatilla. No es casualidad que le pusieran ese nombre, que significa precisamente «cierva» en inglés. Sin palabras, me suplica que la salve. Si no lo hago será el fin tanto para ella como para Nik. En el mejor de los casos, Fawn acabará como doncella de alguna richona. ¿En el peor? No puedo ni pensarlo ahora.

Nik quería algo mejor para su hija. La oportunidad de prosperar, de tener un futuro mejor. Si me retraso en el pago a madame V., mi vida no va a cambiar demasiado. La deuda que acumulamos es inmensa; nuestra vida está totalmente en manos de esa bruja desde que el tío Devlin murió. Lo que llevo en la bolsa no puede salvarnos a Jas y a mí, pero sí a Fawn y a Nik.

Meto la mano en la bandolera y le muestro dos saquitos.

—Toma.

Nik abre mucho los ojos.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Qué más da? Cógelo.

Con la boca tan abierta como los ojos, Nik examina el contenido de los saquitos y niega con la cabeza.

—Brie, no puedes.

—Puedo; por eso lo hago.

Nik se me queda mirando y en sus ojos leo la batalla que se está librando entre la desesperación y el miedo que siento por mí. Finalmente me abraza con fuerza.

—Te lo devolveré. Algún día, de algún modo. Lo juro.

—No me debes nada. —Me libro de su abrazo, ansiosa por llegar a casa y lavarme. Necesito dormir, no puedo más—. Tú habrías hecho lo mismo por Jas y por mí.

Se le llenan los ojos de lágrimas hasta que una se desprende y le cae rodando por la mejilla, corriéndole el maquillaje. Su gratitud se transforma en preocupación cuando se da cuenta de que tengo la mano ensangrentada.

—¿Qué te ha pasado?

Aprieto el puño para ocultar el corte de la palma.

—Nada, un rasguño.

—Ya. Pues ese rasguño se va a infectar como no lo limpies. —Señala con la cabeza hacia su dormitorio—. Ven conmigo, yo me encargo.

Sé que no me dejará marchar hasta que le haga caso, así que la sigo a la diminuta habitación donde tiene un tocador destartado y la cama que comparte con su hija. Me siento en la cama y la miro mientras cierra la puerta y busca lo que necesita.

Se acuclilla ante mí y me cubre el corte con un ungüento.

—Te lo has hecho al robar el dinero. —No me lo está preguntando, así que me ahorro responderle con una mentira—. ¿Te encuentras bien?

Trato de no moverme cuando el ungüento penetra bajo la piel. La carne escuece mientras se cura.

—Estoy bien; solo necesito comer algo y echarme una siesta.

Ella me dirige una mirada incrédula.

—¿Una siesta? Brie, estás tan hecha polvo que no creo que te recuperes a menos que pases varios años en coma.

Me echo a reír. O al menos lo intento, pero el resultado se parece más a un maullido lastimero.

«Estoy tan cansada...»

—¿Te toca hacerle otro pago a tu tía?

—Sí, mañana.

Trago saliva al pensar en ello. Tengo diecisiete años, pero estoy atada por un contrato de magia, y a este paso voy a pasar el resto de mi vida en manos de madame Vivias. Cuando mi hermana y yo firmamos el contrato de servidumbre hace nueve años, el tío Devlin acababa de morir y mi madre ya nos había abandonado. Los pagos que madame V. nos reclamó en aquel momento nos parecieron razonables —sin duda preferibles al destino de un par de huérfanas—, pero no éramos más que dos niñas que no sabían lo que era el interés compuesto ni la trampa de los recargos. Igual que Fawn no sabía lo que hacía cuando firmó su contrato con Gorst.

—Y por nuestra culpa —dice Nik cogiendo una gasa— vas a retrasarte otra vez en el pago.

—Merece la pena —susurro.

—Este mundo está tan jodido... —Nik cierra los párpados con fuerza. Fawn no puede oírnos, a menos que esté pegada a la puerta, pero igualmente baja la voz—. Tengo un amigo que podría darte trabajo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué clase de trabajo? —No hay ninguno que pague

sueños que puedan cubrir la deuda. Ninguno excepto...—. Para eso más me valdría trabajar directamente para Creighton Gorst.

—Creighton se quedaría la mitad de lo que ganarás. —Nik me venda la mano y sonrío con tristeza—. Hay seres que pagan mucho por la compañía de una preciosa humana y todavía más si te vinculas a ellos para siempre. Mucho más de lo que puede ofrecerte Creighton.

—¿Fae? —Niego con la cabeza.

Prefiero liarme con los clientes fastidiosos de Creighton que entregarme a ellos. Nuestra gente solía creer que eran nuestros guardianes. Antes de que rasgaran los cielos para abrir los portales, nos visitaban al anochecer en su forma espiritual, como si fueran sombras o siluetas en los árboles que parecían seres vivos.

Mi gente los llamaba ángeles. Se arrodillaban frente a ellos y les rogaban que permanecieran cerca, que los protegieran, que cuidaran de sus niños enfermos. Pero cuando los portales se abrieron y los ángeles llegaron al fin, no lo hicieron precisamente para protegernos.

Porque los seres mágicos no son ángeles. Son demonios que llegaron para explotarnos y robarnos los bebés; para someternos como esclavos y usarnos como ganado de cría. Mediante engaños consiguieron que miles de humanos lucharan en sus guerras. Solo cuando los Siete Magos de Elora —los siete hechiceros más poderosos de este mundo— unieron sus fuerzas, logramos volver a proteger los portales. Ahora ya solo pueden apoderarse de una vida humana si la compran o si alguien se la regala voluntariamente. Sin embargo, como inteligencia no les falta, han ideado un montón de maneras de saltarse las barreras pro-

tectoras. En la práctica solo los ricos y los poderosos están protegidos.

«Mejor eso que nada», dicen los que apoyan a los Siete.

«Es un comienzo», dicen otros. O, lo que es peor: «Si la gente no quiere que los vendan a los goblins, que no se endeuden tanto».

—¿Por qué pagan si pueden hechizar a cualquier mujer con su magia? —le pregunto a Nik.

—¡Baja la voz! —Mira por encima del hombro para asegurarse de que la puerta sigue cerrada—. No te creas todo lo que se dice sobre ellos. Mi amigo podría...

—Ni hablar. Encontraré otra manera. —Si algo tengo claro en la vida, es que no puedo fiarme de ellos.

—Me preocupas —admite Nik—. En este mundo el único poder que tenemos es nuestra autonomía. No dejes que nadie te arrincone. No permitas que la desesperación tome decisiones por ti.

«Como le pasó a Fawn.»

—No lo haré —le prometo, pero las palabras suenan huecas, como si mi propia voz supiera que estoy mintiendo. Me paso el día trabajando y robando todo lo que puedo, pero nunca es suficiente.

Incluso si no me importara vender mi cuerpo —y no es el caso—, no querría tener tratos con los seres mágicos. Me da igual el dinero que me ofrezcan. En la vida hay cosas más importantes que el dinero; incluso más importantes que la libertad, como por ejemplo ocuparte de tus dos hijitas y no abandonarlas para escaparte con tu amante a otro mundo.

—Te he oído, niña —dice madame Vivias en cuanto pongo la mano en el pomo de la puerta del sótano.

Cierro los ojos con fuerza. Debería haber entrado por la bodega. Ya pasan de las doce y no me quedan fuerzas para ninguna tarea que quiera encomendarme. Agachando la cabeza, me vuelvo hacia ella y le hago una rápida reverencia.

—Buenas noches, tía V.

—Buenas noches. Mañana es luna llena.

—Sí, señora.

—¿Tienes mi dinero?

Mantengo la vista fija en la mano que tiene apoyada en la cadera, con un reluciente anillo en cada dedo. Con cualquiera de esos anillos podría cubrir el pago de este mes. No alzo la cara para que no vea el miedo en mis ojos; no quiero darle esa satisfacción.

—Lo tendré mañana, señora.

Guarda silencio durante tanto rato que acabo levantando la vista. Se está ajustando los gruesos collares de piedras preciosas que le cuelgan del cuello mientras me fulmina con la mirada.

—Si no lo tienes hoy, ¿qué posibilidades hay de que lo tengas mañana?

«Pocas.» Pero hasta que no se acabe el plazo oficial no pienso admitirlo. Cada vez que nos retrasamos en el pago, el contrato se modifica, ampliándose el plazo y la cantidad de dinero que hemos de devolver. Es un círculo vicioso del que no sabemos cómo salir.

—Le pagaré mañana, señora.

—¡Abriella! —El chillido llega desde lo alto de la escalera y me cuesta no encogerme al oír la voz de mi prima Cassia—. ¡Hay que lavar los vestidos!